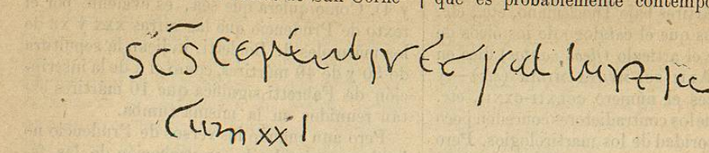
de sus 20 compañeros mártires, á los cuales Santa Lucina reunió los restos de San Cornelio. He aquí el facsímile de esta inscripción, que es probablemente contemporánea de la



sepultura de estos mártires. Pero si es así, conviene suponer, ó que las iniciales SCS (*Santus*) que preceden al nombre de Cerealis, fueron agregadas más tarde, quizás por un *martyrarius* (véase esta palabra), ó que esta calificación de *santo* estaba ya en uso antes del siglo V, época á la cual se atribuyen ordinariamente las fórmulas (véase el artículo *Santo* (*Calificación de*). Debemos limitarnos á esta indicación sumaria de los principales hechos que prueban cuál fué la inmensa multitud de mártires con que fué coronada la Iglesia de Jesucristo durante los tres primeros siglos de su existencia.

Hemos dicho lo suficiente para hacer ver que ningún sofisma es capaz de arrebatarle esta aureola, que es una de sus glorias más puras y uno de los argumentos más sólidos en favor de su origen divino. El lector estudioso consultará con fruto, además del prefacio de Ruinart, la obra de Mamachi (*Origin. et antiq. Christ.*, t. I, pág. 459), y una sabia disertación de la colección de Zacarías (*Dissert. di stor. eccl.*, t. XI, pág. 1), etc., etc.

MARTIRIO.—En el siglo XVI el Papa Gregorio XIII hizo ejecutar por el Pomarancia, en el claustro de la iglesia de San Esteban el Redondo, en Roma, una serie de cuadros al fresco representando los principales suplicios de los mártires. Un jesuíta, el P. Michel, había sido el instigador de la medida, y el artista, falto de modelos antiguos, tomó sus tipos de los relatos y de las descripciones tan animadas de las *Actas de los Mártires*. Sin duda estas clases de representaciones no estaban en uso en los tiempos completamente primitivos del cristianismo; las catacumbas no ofrecen ejemplos de ellas. Pero para conseguir el mismo objeto, que era atraer el espíritu de las muchedumbres ignorantes é inspirarles el valor que pudieran necesitar en aquellos tiempos de persecución, en vez de los mismos suplicios de los mártires, ponían á sus ojos la representación de la constancia de los Santos de la antigua ley, como, por ejemplo, Daniel en la fosa de los leones, los jóvenes hebreos en el horno de Babilonia, etc. Como excepción, debemos citar un bello fresco del cementerio de Calixto recientemente descubierto, y en el que puede reconocerse un cristiano compareciendo delante del magistrado, que parece interrogarle y quizás condenarle. El magistrado, coronado de laurel, está de pie sobre un estrado, y el joven se mantiene en actitud arrogante al pie del tribunal. Otro personaje cerca de él lleva en sus manos objetos difíciles de distinguir y que probablemente son los instrumentos del sacrificio (véase De'Rossi. *Roma sott.*, t. II, tav. XXI). Se sabe que el mismo crucifijo, por razones que hemos dado en nuestro artículo especial sobre esta materia, no aparece en nuestros monumentos públicos sino á fines del siglo VI. Sin embargo, los tormentos de los héroes de la fe debieron de ser trazados á la vista de los fieles desde los tiempos que inmediatamente siguieron á las persecuciones. Tenemos un discurso de San Asterio, obispo de Amasea, en el siglo IV, sobre el martirio de Santa Eufemia, que no es más que la descripción detallada de pinturas que representaban su suplicio en una iglesia que había sido erigida en su honor (véase Ruinart, edit. Veron., pág. 431). Nada es más curioso que esta descripción, en la que el santo obispo se esfuerza en luchar con el mismo artista por la viveza de los colores: *Neque enim*, dice, *nos musarum alumni pejores pictoribus colores habemus*. «Nosotros, discípulos de las musas, no tenemos colores menos notables que los de los pintores.» También nos quedan himnos del poeta Prudencio (*Peristeph.*, IX y XI) que contienen, con el panegírico de San Casiano y de San Hipólito, la descripción de cuadros que representaban su martirio, en sus iglesias de Roma y de Imola.

San Gregorio de Nyssa (*Opp.*, t. II, pág. 1011. París, 1615) celebra en uno de sus discursos el martirio de San Teodoro, pintado en las paredes de una iglesia que le estaba dedicada. La elocuencia de San Basilio (*Opp.*, t. I, página 515. París, 1618) recomienda á los artistas cristianos de la misma época el martirio de San Barlaam como un asunto digno de su talento y como un adorno concerniente á su iglesia.

Asuntos de esta naturaleza estaban trazados también con frecuencia en alhajas y otros objetos portátiles. Se conocen un camafeo y un medallón de plomo que reproducen muy vivamente el martirio de San Lorenzo (véase Lupi. *Dissert. e lett.*, t. I, páginas 192 y 197, y nuestro artículo *Alma*).— El suplicio de San Juan delante de la Puerta Latina estaba representado con todos sus detalles en el mosáico del pórtico de San Juan de Letrán (Ciampini. *De sacr. ædif.*, tav. II, 8), del cual varias partes

estaban muy deterioradas cuando Ciampini lo copió. Vemos la matanza de los Santos Inocentes en un sarcófago de la cripta de San Maximino, en un díptico de Milán (Bugati. *Mem. di S. Celso*, in fin.), en otro publicado por M. Rigollot, y por último en el mosáico del arco triunfal de Santa María la Mayor (Ciampini. *Vet. mon.*, t. I, tab. XLIX), monumentos de principios del siglo V (véase el grabado del artículo *Santos Inocentes*).

Por último, se han descubierto muy recientemente (1875) en la basílica subterránea de Santa Petronila, en el cementerio de Domitila, dos columnas de *ciborium*, en las cuales está representado en bajo relieve el martirio de los Santos Nereo y Aquiles. La escultura es del siglo IV. He aquí la reprodución de aquella de las dos columnas que se conserva mejor: su atribución está fuera de duda, porque la escena está coronada con el nombre de Aquiles, ACILLEVS, grabado en el fuste.

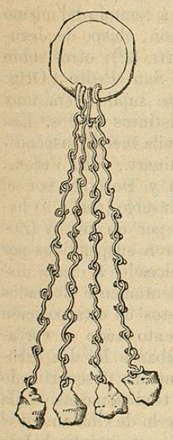
He aquí lo suficiente para probar que las representaciones de martirios no se oponían en nada al espíritu esencial del cristianismo, y que el temor impuesto á la Iglesia por las persecuciones fué la única causa que evitó el que se reprodujesen más pronto. Quizás los frescos de San Esteban el Redondo, por la acumulación de tantas atrocidades, pudiesen indignar la delicadeza de las épocas de decadencia; pero el espectáculo de la constancia de nuestros padres en medio de esos extraordinarios tormentos ¿no es también motivo bastante para reanimar y mantener en los corazones esta santa energía que engendra las virtudes varoniles, y sostiene al hombre en el combate de la vida, á cuyo final brilla la corona de los valientes?

La obra del Pomarancia fué grabada por Tempesta para servir de ilustración al tratado de Gallonio sobre los tormentos de los mártires (Roma, 1591); estas láminas han sido reproducidas en el tercer volumen de la gran obra de Mamachi (*Origin. et antiq. Christ.*), y también en el segundo volumen de su pequeño tratado (*Dei costumi de' primit. Christ.*, á contar desde la página 232). Lo mejor que haría el lector para tener una idea de los tormentos de los mártires de la fe, sería recorrer esas láminas. Para aquellos que no pudiesen facilitarselas, vamos á trazar un rápido cuadro de los principales géneros de suplicio que contra ellos inventó el terrible genio de la intolerancia y de la persecución.

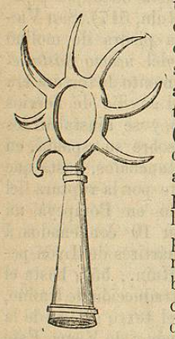
1.º *Eran suspendidos de diferentes maneras*: unos sobre la cruz derecha, á ejemplo del mismo Salvador, como San Simeón, obispo de Jerusalén (Euseb. *Hist. eccl.*, III, 32); otros sobre la cruz invertida, como San Pedro (Orig. ap. Euseb., ibid., I). Este suplicio era muy común y ejecutado de distintos modos. Las matronas Sinforosa y Teonila fueron suspendidas por los cabellos (Ruinart., edit. Veron., página 235), y Gorgonio y Doroteo, por el cuello (Euseb., VIII, 6). Eusebio (ibid., 9) habla de mártires colgados por un pie. Varios mártires de la Tebaida fueron suspendidos por los pies de dos árboles colocados á cierta distancia uno del otro, violentamente doblados por su extremidad, y sujetos en esta posición por cuerdas; en un momento dado se cortaban las cuerdas, enderezábanse los dos árboles, y el paciente se encontraba descuartizado (Euseb., ibid.). Según una tradición consignada en la leyenda de San Marcelo de Chalons en el breviario lionés (3 sept.), este mártir habría sufrido dicho suplicio antes de consumar su sacrificio, en 179, bajo Marco Aurelio. Otros eran colgados por las muñecas con un enorme peso á los pies: ejemplo el lector Mariano (Ruin., pág. 341).

2.º *Atormentados y apaleados*. Había el suplicio del caballete, expresado en las actas por las palabras *equuleo suspendi*, *ó tendi in rotis* (Ruin., *passim*): este era el tormento preliminar, y comúnmente venían después las antorchas ardiendo que se aplicaban sucesivamente á todos los miembros, *lampades flammantes*, *candelæ ardentes*. San Teodoro fué estirado con ayuda de cuerdas en un aparato fijo en tierra, alargándose su cuerpo hasta ocho pies, *funibus et trocleis extensus* (Ruin, 517). San Víctor fué triturado bajo una piedra de molino (ídem, 262). El suplicio del *nervio hasta el quinto agujero:* este instrumento de tortura era llamado así, porque con el auxilio de nervios se estiraban violentamente y se ajustaban los pies del paciente vueltos sobre su espalda, en agujeros cada vez más distanciados, hasta que esta tensión traía la muerte por la ruptura del vientre. Se ha encontrado en Pompeya un *nervus* propio para recibir 10 condenados á la vez. Varios de los 48 mártires de Lyón perecieron en este suplicio (Ruin., 55), hasta el séptimo agujero, según la traducción de Rufino, y hasta el quinto, según el texto griego de la carta de las Iglesias de Lyón y de Viena. Este parece haber sido el máximum. Orígenes lo sufrió hasta el cuarto agujero á la edad casi de setenta años (Euseb., VI, 39). Leemos en

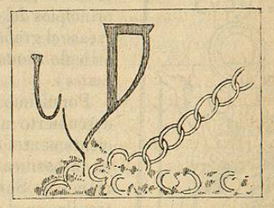
las actas de los Santos Claudio y Asterio (Ruin., 235), con motivo de la mártir Teonila, que el presidente Licias dispuso que sus cuatro miembros fuesen atados á cuatro estacas clavadas en tierra, que se le golpease con un bastón la espalda y todo el cuerpo, y que se le pusieran debajo del vientre carbones encendidos. Era tan violenta la tensión, que los hombros se habían dislocado y los miembros colgaban como muertos: esto es lo que sucedió al mártir Aitala (ídem, 501).



3.° *Desgarrados, agujereados, mutilados.* Desgarrados con garfios, *uncus*, con uñas, *ungula*, ó peines de hierro, *pectines ferrei*, con látigos compuestos de cadenas de bronce, en cuyo extremo tenían bolas de plomo, *plumbeis cæsi*. Muchos de estos instrumentos han sido recogidos en los cementerios de los mártires, y varios están conservados en el museo cristiano del Vaticano. M. Perret ha reproducido algunos en la lámina XIV de su cuarto volumen (Ruin., 146, 237). El P. Lupi había visto una *plumbata* encontrada en un *loculus* de las catacumbas romanas (véase *Dissert.*, t. I, pág 265), y M. De'Rossi cita (*Rom. sott.*, t. II, pág. 164) dos balas de plomo revestidas de bronce, procedentes del cementerio de Calixto, las cuales, según toda probabilidad, habían formado parte de un instrumento de esta clase. Es verdad que varios de estos instrumentos de suplicio habían servido, en un principio, para usos vulgares y domésticos; pero cuando se encuentran en tumbas cristianas, es indudable que fueron empleados para atormentar los mártires. Tal es, á nuestro parecer, el *uncus*, que damos aquí y que es un objeto etrusco. El Santo sacerdote Basilio vió arrancar de su cuerpo siete tiras de su piel, *septem lora* (ídem, 513). Los siete hijos de Santa Sinforosa fueron agujereados en diferentes partes del cuerpo: uno en la garganta, otro en el pecho, un tercero en el corazón, los demás en el ombligo, los riñones, en el costado; el último fué cortado por la mitad (Ruin., 21). A San Víctor le cortaron el pie con que había derribado el altar de Júpiter (ídem, 261). Las actas mencionan otras muchas mutilaciones: ojos sacados, pies, manos, narices y orejas cortados (Euseb., VIII, 12). Los tiranos, cuando se veían vencidos por la constancia de los mártires, acababan ordinariamente por hacerles cortar la cabeza (Ruin., *passim* y nuestro artículo *Coliseo*).



En nuestro artículo *Instrumentos en las tumbas*, hemos mencionado una cripta cristiana, descubierta en 1845 en Milán, cerca de la iglesia de San Nazario, encerrando el cuerpo de un cristiano, y estando pintados en sus paredes diversos objetos que indicaban la sepultura de un mártir: cadenas, un garfio, *uncus*, una horca con su cuerda, así como otros instrumentos de tortura; á continuación damos el dibujo.



4.° *Sometidos á diversos suplicios por el fuego.* Varios mártires de la Mesopotamia fueron suspendidos con la cabeza hacia abajo, sofocados por el fuego y quemados (Euseb., VIII, 12). Se ha encontrado en 1844, en un sepulcro bisomo de las catacumbas, el cuerpo de un niño de doce años quemado desde la cabeza hasta la mitad de los muslos (Marchi, página 260). Ordinariamente se metían las piernas del paciente hasta las rodillas en una fosa, se le ataban las manos detrás de la espalda y se le ataba á un poste rodeado de sarmientos, de donde vino á los cristianos el sobrenombre de *sarmentitii* (Ruin., 372.—Tertul. *Apol.*, I). Tal parece haber sido el género de muerte de San Policarpo, obispo de Smirna (Ruin., 27). Todo el mundo sabe que San Lorenzo murió en una parrilla. También había la inmersión en aceite hirviendo, en pez fundida y en cal viva. Tales fueron los suplicios de San Juan el Evangelista, de Santa Potamiana y de la multitud de mártires que perecieron en tiempos de San Cipriano, y que son conocidos en el lenguaje hagiológico con el nombre de MASSA CÁNDIDA (Ruin., 175, n. 11). Plomo derretido se echó en la boca de San Bonifacio (ídem, 252). San Taraco fué atravesado por los sobacos con una estaca inflamada; su compañero Probo lo fué por los costados y por la espalda, y Andrónico tuvo los dedos mutilados por el mismo instrumento, *obeliscus* (Ruin., 389). Las *Actas de los Mártires* mencionan todavía clavos y láminas de hierro enrojecido, y otros tormentos por el fuego, más crueles unos que otros.

5.° *Triturados* por los dientes de las bestias feroces. Esta fué la gloriosa muerte de San Ignacio de Antioquía (Ruin., 11) y de otros muchos cuya sangre regó la arena del Coliseo. San Hipólito fué arrastrado por dos caballos indómitos, á los que se castigó con furor, y su cuerpo fué desgarrado, hecho pedazos, regando todo el espacio recorrido con su sangre, quedando sus carnes en mil fragmentos pegadas á las piedras, á las zarzas y á las espinas (*Peristeph.*, XI. — Véase el artículo *Sangre de los Mártires*), y que los fieles recogieron piadosamente. Muchos mártires fueron precipitados desde un sitio elevado, como Santiago el Menor, desde lo alto de la plataforma del templo. La célebre matrona Sinforosa, que sufrió el martirio en Campania, fué también precipitada en un río con una piedra atada al cuello (Ruin., 21).

Las *Actas de los Mártires* mencionan una multitud de tormentos cuyos detalles sería difícil enumerar aquí: cristianos acostados sobre agudas puntas, sobre restos de objetos de barro, etc.; mandíbulas rotas y dientes con violencia arrancados; agudos instrumentos introducidos debajo de las uñas; piernas fracturadas; mártires sumergidos en buques abandonados y entregados al capricho de las olas; pacientes encerrados en sacos de cuero con un perro y un áspid, con escorpiones y víboras (Ruin., 327, 306, 252.—Euseb. *Hist. eccl.*, VIII, 12 et *passim*). En el catálogo del abad de Tersan (n. 194) se halla descrito un pequeño monumento de bronce del mayor interés. Es un navío en el cual están colocados un hombre y un león. El autor del catálogo ve aquí un mártir abandonado en el mar con este animal destinado á devorarlo. Encontramos este último hecho consignado en las notas del difunto abate Greppo.

Consultando las obras que han tratado de esta materia, y especialmente las de Gallonio, la de Blanchini (*Demonstr. Hist. eccl.*, 3, vol. in-fol.), y ante todo los martirologios y las actas, sería fácil encontrar en ellos los nombres de más de cien instrumentos de tortura y de diverso género de suplicios. Pocas personas, sin duda, serían amigas de un estudio cuyo resultado es tan poco honroso para la humanidad.

MARTIROLOGIOS.—I. Siempre tuvo la Iglesia especial cuidado en recoger las actas de sus mártires y de sus confesores (Cyprian. *Epist.* XXXVII. *Ad presb. et diac.*). El Papa San Clemente (*Lib. pontif. In Clem.*), discípulo de San Pedro, instituyó siete notarios que, cada uno en la *región* que le había correspondido, recogían estas actas, y San Fabián les agregó siete subdiáconos para vigilarlos y dirigirlos en esta importante obra (véase el artículo *Notarii*).

Las actas eran leídas en la asamblea de los fieles el día aniversario de la muerte de estos héroes cristianos, día llamado *natale* en la lengua eclesiástica (véase el artículo *Natale*). El hecho está enunciado de una manera general por el canon L del Concilio de Cartago, celebrado en 401: *Liceat legi passiones martyrum, cum anniversarii dies eorum celebrantur.* Lo está, para la Iglesia romana en particular, por la carta del Papa Adriano á Carlomagno (Labbe. *Concil.*, t. VII): *Passiones sanctorum martyrum sancti canones censuerunt ut liceat eas in ecclesia legi, cum anniversarii eorum dies celebrantur*, y también por Juan el Diácono (*Præf. in vit. Gregor. M.*). Lo está para la Iglesia galicana por San Cesáreo de Arlés (*Serm.* CCC *in append. Opp. S. Augustin.*) y por la liturgia galicana que ha editado Mabillon, y en la que están insertos los nombres de los mártires; y por último, por San Gregorio de Tours (*De glor. MM.*, LXXXVI), que lo confirma respecto á las actas de San Policarpo: *Lecta igitur passione, cum reliquis lectionibus quas canon sacerdotalis invexit, tempus ad sacrificium advenit.* San Jerónimo alude evidentemente á la misma costumbre en su segundo libro contra Rufino (37): *Prodat nobis confessionis suæ acta, quæ hucusque nescibimus, ut inter alios Alexandriæ martyres hujus quoque gesta recitemus.* «Que él nos presente (Rufino) las actas de su confesión, las cuales nos son hasta aquí desconocidas, con objeto de que las leamos con las de otros mártires de Alejandría.» Debemos tomar en el mismo sentido las palabras de San Agustín (*Serm.* CI *de divers*): *Audistis persequentium interrogationes, cum sanctorum passio legeretur.*

El número de esta especie de memorias se aumentó bien pronto en cada Iglesia, porque las diversas comunidades cristianas se comunicaban recíprocamente, por cartas, las actas de sus mártires; nos quedan varias de estas cartas, de las cuales son las más célebres las de los cristianos de Smirna sobre el martirio de San Policarpo, y las de los fieles de Lión y de Viena á sus hermanos de Asia y de Frigia (véase Euseb. *Hist. eccl.*, IV, 15, V, 1).

Así, además de sus calendarios especiales, tuvieron las Iglesias, pero más tarde, es decir, hacia fines del siglo VII, libros que contenían la narración sucinta de las actas de sus mártires y de sus confesores propios, así como las de otros países cristianos, de tal modo, que la memoria de cada uno de estos héroes de la fe pudo ser recordada en la asamblea de los fieles en el día aniversario de su pasión ó de su muerte natural. Esto es lo que asegura San Gregorio el Grande (*Epist.*, l. VII, ep. 19), y tal es, sin duda alguna, el origen de los martirologios.

II. Algunos autores han creído (Molano. *De martyrolog.*, c. I, seqq.) que los martirologios son más modernos que los calendarios; otros los reunen, confundiéndolos. Es un

doble error. Los calendarios difieren esencialmente de los martirologios. En el calendario se indicaba simplemente el nombre del santo ó del mártir, el día de su muerte ó el de su festividad; esto es lo que puede verse en los calendarios de Roma y de Cartago publicados por el P. Boucher (*Can. pasch.*, c. XV.—Mabillon, *Analect.*, III, 398). El martirologio, por el contrario, mencionaba además la clase de martirio, el lugar y la época en que se había consumado, así como el nombre del juez. Cada Iglesia tenía su calendario propio; son pocas las que lo hayan tenido particular. Los martirologios no se referían á una Iglesia especial, sino á la Iglesia católica en general: comprendían los mártires y confesores de todo el universo, cuyos nombres estaban tomados de los diversos calendarios (véase el artículo *Calendario*).

III. Está perfectamente demostrado que la Iglesia romana poseía un martirologio en tiempos de San Gregorio (*loc. laud.*): *Pene omnium martyrum distinctis per singulos dies passionibus, collecta in uno codice nomina habemus*, «tenemos los nombres de casi todos los mártires reunidos en un solo libro, en el que sus pasiones están distribuídas en cada día». Se puede citar un testimonio todavía más antiguo de este hecho: Walfrido Strabon (*De reb. eccles.*, c. XXVIII) asegura que la Iglesia de Córdoba tenía uno bajo el reinado de Teodosio. Pero ¿cuál fué el autor del primer martirologio? Sería difícil decirlo con algún fundamento. Se ha indicado que el primer trabajo se debió á Eusebio de Cesárea, y que San Jerónimo había dado su versión latina. Pero las palabras de Eusebio no dicen con claridad si se trata aquí de un martirologio propiamente dicho, ó de una colección de actas de mártires: ἀρχαῖων Μαρτύρων συναγωγήν, *veterum martyrum collectionem*. La mayor parte de los críticos se deciden por la última opinión (Baron. *Præf. in martyrol. Rom.*).

Como quiera que sea, parece cierto que el martirologio á que alude San Gregorio no era otro que el martirologio general llamado Jerónimo, y que ha sido editado por Fiorentini con el nombre de *Vetustius occidentalis Ecclesiæ martyrologium* (véase De'Rossi. *Roma sott. crist.*, t. I, pág. 112). Según la opinión muy fundada de Mansi (ibíd.), no era sino una especie de centón compuesto de fragmentos mal coordinados de antiguos calendarios y de martirologios anteriores, *ut melius centonem dixeris martyrologiorum quam unicum martyrologium*. El martirologio romano actual no es probablemente más que un compendio del anterior, que fué encontrado en el siglo IX por Adón, en Rávena. Pasaba por haber sido enviado por un Papa á un obispo de Aquilea. Este martirologio recibió el nombre de *romanum parvum;* ha sido sucesivamente aumentado por Adón, Usuard, y por último refundido por Baronio, que lo ha enriquecido, además con notas eruditas.

IV. La Edad Media ha producido varios martirologios, de los cuales, atendiendo á su importancia, debemos dar aquí la nomenclatura, según el P. Bolland (*Præfat. in act. Horum*).

Beda, monje de la Iglesia de Inglaterra, pasa por haber compuesto un martirologio que se halla inserto en el tomo III de la edición de sus obras hecha en Venecia en 1563, y que ha sido impresa aparte por Plantino en 1564. Pero la autenticidad de esta obra parece dudosa á Bollando; en efecto, Usuardo asegura (*Præfat. epist. in ejus Martyrol.*) que en su martirologio, Beda había dejado varios días vacantes. Además, todas las copias que existen de este martirologio, ya impresas, ya manuscritas, señalan en cada día, sin excepción, memorias de mártires y de otros santos.

Sin embargo, lo que no es en manera alguna dudoso, es que haya existido un verdadero martirologio de Beda hasta los tiempos de Floro, subdiácono de la Iglesia de Lión, porque la historia refiere, como un hecho cierto, que este último lo completó bajo el imperio de Carlomagno. Hasta tal punto la obra de Beda tomó el nombre de Floro, sobre todo después que éste le hubo agregado elogios más extensos de cierto número de santos.

Usuardo, monje del orden de San Benito, compuso su martirologio á ruegos de Carlomagno, otros dicen de Carlos el Calvo, quien, según Sigeberto (*L. de Scrip. eccl.*, c. 85), veía con sentimiento que San Jerónimo y Beda, empleando una brevedad excesiva, habían omitido muchas cosas necesarias y dejado vacantes varios días de las calendas. Usuardo se dedicó, pues, por complacer á este príncipe, á llenar estas lagunas, y redactó un martirologio completo, marcando cuidadosamente las festividades de los santos en cada uno de los días de las calendas. Pero el mismo Usuardo, en su epístola dedicatoria al emperador, confiesa haber compilado su obra con diversos martirologios de los Santos Padres, y especialmente con los de San Jerónimo, Beda y Floro. Molano editó el martirologio de Usuardo, primero en 1568, después en 1583. Hubo sucesivamente varias ediciones, que pueden verse en los Bollandistas. Rabano Mauro, abad de Fulda y después arzobispo de Maguncia, que floreció bajo los emperadores Luis el Piadoso y su hijo Lotario, escribió también un martirologio que fué publicado por Enrique Canisio (*Antiq. lect.*, t. VI).

Bajo el imperio del mismo Lotario, Wandebert, monje de la abadía de Prum, de la orden de San Benito, compuso un nuevo martirologio en versos heroicos, que dedicó á Otreco, en 842. Fué atribuído á Beda é impreso en el primer volumen de sus obras con el título de «Efemérides de Beda»; pero algo más tarde

Molano lo editó de nuevo, mas con el nombre de su verdadero autor, y unido al martirologio de Usuardo.

Otro martirologio, pero en prosa, se debe á San Adón, obispo de Viena, en Francia, en el mismo siglo; y á continuación de Santiago Mosamber, Rosweide lo publicó después de haber arreglado el texto en vista de tres manuscritos.

A principios del siglo X, B. Notker, apellidado Bálbulo ó el Tartamudo, monje de San Gall, en Suiza, escribió su martirologio, que tenemos en Canisio. Respecto al que Ditmar (*Chronic.*, l. VII) dice haber compuesto, ó está perdido en ignorado rincón de alguna biblioteca, ó se ha extraviado por completo.

MARTYRARII.—Eran éstos, clérigos encargados de la vigilancia de los *martyria* ó tumbas de los mártires (véanse los artículos *Confessio*, *Martyrium*, *Memoria*....). En la Iglesia romana estas funciones eran de gran honor, y el Papa San Silvestre coloca, en la jerarquía clerical, los *martyrarii* sobre los subdiáconos (Anast. Biblioth. *In Sylvestr.*): *Constituit ut si quis desideraret in Ecclesia militare, etc..... ut esset prius ostiarius, deinde lector, et postea exorcista per tempora, quæ episcopus statuerit, deinde acolythus annis quinque, subdiaconus annis quinque*, CUSTOS MARTYRUM *annis quinque, presbyter annis tribus, etc., et sic ad ordinem episcopatus ascendere*, «decretó que, si alguno deseaba militar en la Iglesia..... fuese primero portero, en seguida lector, después exorcista durante el espacio de tiempo juzgado conveniente por el obispo; después acólito cinco años, subdiácono otros cinco, GUARDIÁN DE LOS MÁRTIRES cinco años, sacerdote tres años, y que ascendiera así por grados al orden del episcopado». San Gregorio de Tours menciona un *martyrarius Proserius* (*Miraculor.*, l. II, c. 46). San León el Grande fué el primer Papa que puso cerca de la tumba de los apóstoles San Pedro y San Pablo, vigilantes, que Anastasio llama *cubicularii* (*in Leon* I). (Véase el artículo *Cubicularii*.)

MATRÍCULA.—Esta palabra designa, propiamente hablando, un catálogo, una descripción (ó inscripción), ó un índice: Ματρίκιον καὶ ἀρκέτυπον τῆς Νουμιδίας (Codin. *Canon. eccl. Afric.*, can. 86.—Cf. Donati, pág. 33). Luis de la Cerda (ibíd.) la define de este modo: *Matricula dicitur titulus et catalogus Ecclesiæ*. Entre los autores eclesiásticos, se emplea esta palabra en dos sentidos diferentes:

1.° Para designar el catálogo donde estaban inscritos los clérigos que participaban de los cargos de la Iglesia, y eran sostenidos por ella (véase el artículo *Canónigos* (*Clerici canonici*). En este sentido se ha empleado por los concilios, particularmente por los de Agda (c. II), Orleans (IV, 13), Auxerre (c. III), y también por los *Capitulares* de Carlomagno (l. VII, c. 167) (véase nuestro artículo *Clero* (*Medios de existencia*). Este catálogo era conservado por el primer diácono ó arcediano.

2.° La palabra *matrícula* se emplea también para expresar el papel en que se escribían los nombres de los pobres alimentados por la Iglesia. En el testamento de San Remigio (Cf. Macri. *ad. h. v.*) léese esta disposición: *Matricula Santæ Mariæ quæ dicitur Xenodochion, ubi duodecim pauperes stipem expectant, solidus dabitur*, «Matrícula de Santa María, que es llamada Xenodochion, en la que esperan su subsistencia doce pobres, se dará un sueldo». Los mismos pobres inscritos en este catálogo fueron llamados *matriculæ*. No citaremos como ejemplo sino este pasaje de la *Vida de Santa Radegunda*, por Fortunato (c. XVII): *Præter quotidianam mensam, qua refovebat matriculam.....* Con más frecuencia eran llamados *matricularii* (Du Cange, ibíd.).

Las actas de la elección del Papa Cornelio contienen una estadística del clero y de los pobres que recibían subsidios mensuales de la Iglesia romana en 251, y que eran en número de más de 1.500 (véase De'Rossi. *Bullet.* 1866, página 9).

También se daba el nombre de *matricularii* ó de *matriculæ* á esta clase de pobres que eran empleados en los cargos más humildes de la Iglesia, como el de barrendero, campanero, etc. (véase Alcuin. *Epist.* VII, *ex his á Mabillon, edit.*), y el de *matricularicæ* á las diaconisas, á las *presbyteræ* y á las viudas que eran alimentadas con la renta de la Iglesia. Estas *presbyteræ* eran viudas que vivían en la continencia, ó mujeres que habían estado unidas á sacerdotes antes de su ordenación, y después vivían separadas de ellos (Baron. *Ad. an.* XXXIV, n. 289). Eran algunas veces matronas que cuidaban de los objetos de la Iglesia. En este sentido deben considerarse cuantas veces se encuentran citadas en los autores antiguos y en los monumentos epigráficos. Vemos en las actas de Santa Práxedes que había sido declarada presbítera por el Papa Pío I.

En las Iglesias de Africa se llamaba también *matrícula* ó *archivus*, un registro que se llevaba, ya por el primado, ya por el metropolitano, y en el que se inscribía cuidadosamente la fecha de la ordenación de los obispos de la provincia, con el fin de resolver por este medio todas las cuestiones de preferencia en los concilios y en otras partes. Esto se practicaba en todos los países, pero más especialmente en Africa. Vemos, en efecto, á San Agustín (*Epist.* CCXVII) reprender severamente al primado Victorino porque en su carta de convocatoria al Concilio provincial no había observado el orden conveniente para la inscripción de los obispos de Numidia, poniendo al mismo Agustín antes de otros prelados más antiguos que él.